

texto de Spengler no era excesivamente respetuosa. Palés no vacila en poner a prueba las teorías de Spengler, aplicándolas (mal que bien) a la realidad circundante. *Tuntún de pasa y grifería* ejemplifica mejor, en el plano de la poesía, el mismo proceso. *Tuntún* es el fruto no sólo de una relectura en clave spengleriana de la tradición cultural antillana, sino de una revisión crítica de las ideas de Spengler sobre la cultura, elaborada a partir de una confrontación directa entre el sistema spengleriano y la realidad antillana.

Pero antes de pasar a un examen de *Tuntún*, cabría preguntarse cuál es la índole exacta de esa revisión crítica que Palés hace de Spengler. ¿Dónde terminan las ideas de Spengler y comienzan las de Palés? Para responder a estas interrogantes, conviene que examinemos dos textos liminares en prosa en los que Palés glosa su poesía, intentando explicarla, y en los que de nuevo las referencias claves son a Spengler. El primero de éstos es la entrevista con Angela Negrón Muñoz. Allí Palés hace otra vez uso frecuente de términos y frases de amplia resonancia spengleriana: «paisaje», «sentido de afinidad histórica», «sentimiento cósmico de región», etc. Al definir el concepto de «pueblo», por ejemplo, Palés indica que es «acomodación básica entre raza y paisaje. En un sentido general, el hecho de que las Antillas hayan sido colonizadas y pobladas por la raza hispánica, no significa que después de cuatrocientos años, que representan múltiples generaciones, continuemos tan españoles como nuestros abuelos. El medio antillano tiene que haber influido tan poderosamente en ellos y nosotros que hoy poseemos, sin duda, rasgos, actitudes y características de raza nueva. Es un fenómeno análogo al del yanqui con relación a su progenitor inglés o germano» (p. 215). A todas luces, Palés tiene en mente al hacer estas aseveraciones el siguiente pasaje del tomo II de *La decadencia de Occidente*:

La raza tiene raíces. Raza y paisaje van juntos. Donde arraiga una planta, allí también muere. No es absurdo, pues, preguntar por el solar de una raza. Pero habría que saber que donde se halla el solar permanece también la raza, con los rasgos esenciales del cuerpo y del alma. Si no se la encuentra allí, es que ya no existe en ninguna otra parte. La raza no emigra. Los hombres emigran y sus generaciones posteriores nacen en diferentes países; el paisaje ejerce, empero, un poder misterioso sobre el elemento vegetativo de estos descendientes y acaba por alterar totalmente la expresión racial; la antigua desaparece y surge una nueva. No fueron ingleses y alemanes los que emigraron a América; fueron hombres que, al emigrar, iban como ingleses y alemanes. Pero sus descendientes actuales son yanquis, y es bien sabido, desde hace tiempo, que el suelo indio ha manifestado sobre ellos su poderío, de tal manera que de generación en generación van pareciéndose más a la población destruída. (Pág. 143.)

Aquí convendría hacer un alto para explicar algunos aspectos relevantes de las ideas de Spengler. Empecemos por su concepto de «raza». No cabe duda de que, en los años veinte y treinta, esta noción ya iba siendo sustituida por conceptos antropológicos más refinados y pretendidamente científicos,<sup>10</sup> pero lo que importa subrayar por ahora es que dentro del vitalismo spengleriano conceptos como «raza» y «cultura» estaban asentados sobre una visión no tanto científica como esencialmente teológica, religiosa, de la relación entre el hombre y el universo. En su oposición al positivismo, el pensamiento de Spengler retorna a la filosofía romántica del sujeto y concibe a la cultura como una elaboración espontánea que el hombre lleva a cabo a partir de los símbolos que

<sup>10</sup> Nancy Stepan, *The Idea of Race in Science* (Londres: The Macmillan Press Ltd, 1982), pp. 140-169.

le ofrece el paisaje: el paisaje, objeto del escrutinio humano, es interiorizado por el hombre para forjar así una síntesis entre la conciencia y la Naturaleza, de la cual emana la cultura.<sup>11</sup> La cultura es para Spengler el producto de una *conversión* radical que ejerce el paisaje sobre la conciencia del hombre; de ahí que Spengler asevere que «la raza no emigra» (raza y cultura son términos poco diferenciados en el texto de Spengler), pues la emigración de una raza conlleva forzosamente su «transplante» y su posterior conversión en consonancia con el nuevo paisaje. Un fenómeno que es absolutamente ajeno al sistema spengleriano es el de la «difusión cultural» o la «transculturación», cuyo estudio comenzó a cobrar impulso por los años treinta en la obra de Bronislaw Malinowski (el vocablo «transculturación» lo acuñó hacia 1940 Fernando Ortiz);<sup>12</sup> para Spengler, las culturas atraviesan independientemente por sus «ciclos vitales» de nacimiento, desarrollo, florecimiento y decadencia, sin contactos mutuos de índole significativa. Aunque se oponía al etnocentrismo europeo, el policentrismo cultural de Spengler postulaba sin embargo que cada cultura es fundamental y profundamente etnocéntrica y autosuficiente: Spengler dedica todo un subcapítulo del tomo II de su obra, titulado «Las relaciones entre las culturas», a demostrar precisamente la imposibilidad de tales relaciones. Polemizando allí (con alguna razón) contra nociones como las de «influencia», «prosecución» y «actuación», usadas por la historia de las ideas para explicar la recurrencia en culturas distintas de elementos semejantes, Spengler niega rotundamente el valor de los contactos interculturales: «Las significaciones no pueden emigrar. Nada mitiga la profunda soledad que separa la existencia de los hombres de diferente tipo. (...) Cuando se persigue la “influencia” de la plástica egipcia sobre la griega, rasgo por rasgo, se advierte pronto que no existe en realidad tal influencia, sino que la voluntad griega de forma tomó de aquellas viejas artes algunos caracteres que, de no haberlos encontrado allí, hubiera descubierto ella misma de una manera o de otra» (pp. 72-73). Hasta un ejemplo mayúsculo de «difusión cultural» como lo es la conquista española del Nuevo Mundo, es visto por Spengler como un mero accidente histórico, la excepción que prueba la regla del sistema, y como evidencia adicional de que, en sus palabras, «la historia humana carece de sentido. Sólo en los ciclos vitales de las culturas particulares hay una significación profunda. Pero las relaciones entre una y otra no tienen significación; son puramente accidentales» (p. 59; subrayado de Spengler).

Puede parecer sorprendente que Palés intentara fundar su teoría de la cultura antillana —en la que la transculturación es un mecanismo imprescindible— a partir de la teoría de la cultura de Spengler, que niega toda posibilidad de ese fenómeno. Esto se explica en parte por la extraordinaria autoridad que adquirió la obra de Spengler en el mundo hispánico (no hay que olvidar que venía respaldada nada menos que por Ortega y Gasset), y por el casi absoluto desconocimiento por parte de los intelectuales hispanoamericanos (con la notable excepción de Fernando Ortiz), de los trabajos de

<sup>11</sup> González Echevarría, pp. 41-61.

<sup>12</sup> Sobre Malinowski y sus ideas acerca de la «difusión cultural», pueden consultarse: Audrey I. Richards, «The Concept of Culture in Malinowski's Work» y Lucy Mair, «Malinowski and the Study of Social Change» en *Man and Culture: An Evaluation of the Work of Bronislaw Malinowski*, editado por Raymond Firth (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1957), pp. 15-32; 229-244. En cuanto al origen del término «transculturación», véase la introducción del propio Malinowski al libro de Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (La Habana: Jesús Montero, Editor, 1940), pp. xv-xxiii.

antropólogos profesionales como Franz Boas y Bronislaw Malinowski, en los que se cuestionaban hondamente los conceptos de «raza» y «cultura» que manejaba Spengler.<sup>13</sup> Cabe añadir que pese a su vasto influjo en el orbe hispánico, *La decadencia de Occidente* y sus teorías «morfológicas» en torno a la historia y la cultura fueron recibidas con muy poco entusiasmo y hasta con abierto desdén por la mayoría de los etnólogos e historiadores profesionales de la época, quienes no dejaban de señalar lo erróneo de algunos datos con los que trabajaba Spengler, y no sentían grandes simpatías por el irracionalismo del sistema spengleriano.<sup>14</sup> Fue precisamente ese irracionalismo —unido, claro está, a ideas como el policentrismo cultural— lo que más atrajo a los intelectuales hispánicos hacia *La decadencia de Occidente*. De ahí que, aunque discreparan en algunos aspectos de la obra del pensador alemán, la mayoría de los intelectuales hispánicos asimiló la *Lebensphilosophie* y buena parte del aparato conceptual spengleriano, y fue dentro de esos linderos que autores como Vasconcelos, Pedreira, y el propio Palés, meditaron sobre la cultura de Hispanoamérica. Esa meditación se centró en muchos casos, por obvias razones ligadas a la realidad hispanoamericana, sobre el fenómeno de la transculturación. Tanto en la obra de Palés, como en *La raza cósmica* de Vasconcelos e *Insularismo* de Pedreira, puede apreciarse este impulso de trascender a Spengler sin abandonar el aparato conceptual de su filosofía, este intento de elaborar a partir de Spengler la teoría de la transculturación que él mismo se rehusó a formular.<sup>15</sup>

Volviendo a nuestra pregunta inicial: ¿cómo efectúa Palés esta maniobra? ¿Cómo revisa Palés a Spengler? Un pasaje de *Hacia una poesía antillana* nos sugiere la respuesta; dice Palés: «En términos generales, es cierto... que cuando dos culturas emigran de sus zonas de origen y se encuentran en un ambiente extraño, la que posea elementos superiores anula y destruye a su contrario. Pero debe tenerse gran cautela en la excesiva generalización de este concepto y no convertirlo en una ley rígida e inmutable. El nuevo medio puede resultar hostil a la cultura dominante y favorable, por el contrario, a la dominada. O pueden los hombres que representan esta última, por sutiles tácticas de su subconsciente colectivo o simplemente para subsistir, adoptar el tren de formas y representaciones de la primera e infiltrar paulatinamente en dichas formas su propio espíritu, modificándolas con tan corrosiva eficacia que den pábulo al nacimiento de una actitud cultural nueva» (pp. 220-21). Palés luego resume esquemáticamente el devenir cultural y social de las Antillas después de la conquista: una vez que el español elimina a los aborígenes, el conflicto se plantea entre el español y el negro; el español «impone su ley y su cultura; el negro tolera y se adapta» (p. 221). Pero lo que es aún más importante, según Palés, es que el español permaneció desarraigado, desvinculado de su nuevo suelo, siempre «haciendo viajes a la madre patria» o «soñando con Galicia o Andalucía» (p. 221); el negro, en cambio, «se expande y desenvuelve como en su propia casa» (p. 221). Lo que Palés hace aquí es explicar, a partir de los principios delineados por Spengler, cómo pudo darse la transculturación antillana: ambos

<sup>13</sup> Mair, pp. 229-238. También Stepan, pp. 141-42 y ss.

<sup>14</sup> «Spengler, Oswald», Encyclopaedia Britannica, 1972.

<sup>15</sup> Importa señalar que el mismo Ortega registró también sus discrepancias con el sistema de Spengler —aunque desde el ángulo de la filosofía de la historia— en *Las Atlántidas* (1924). Obras completas, III (Madrid: Revista de Occidente, 1957), 302-304 y ss.